

El Eco de Cartagena

Decano de la Prensa de la Provincia



Suscripción.—En la Península: Un mes, 1 pta.—En el Extranjero: Tres meses, 7'50 id.—La suscripción se contará desde 1.º y 16 de cada mes.—No se devuelven los originales.
Redacción y Administración, Plaza San Agustín, 7.—Teléfono 237.

Condiciona.—El pago será adelantado y en metálico 4 en letras de fácil cobro.—Corresponsales París: Mr. A. Lorette, 14, rue Rougemont; Mr. Jhon F. Jones, 31 Faubourg Montmartre.—New-York, Mr. George B. Pike, 21-Park Row.—Berlin, Rudolf Mosse, Jerusalemstrasse, 46 49.—La correspondencia al Administrador

SILUETAS DE PARIS

Jardines de otoño

Las Tullerías.

A un lado limita el jardín, simétricamente poblado de estatuas; las construcciones del Louvre. Entre los muros plomizos, patinosos, del palacio, el césped, encerrado en círculos, en rectángulos, en rombos de flores, conserva el verde claro de una humedad perpetua. El mármol de las estatuas nuevas apenas se ha enmohecido; en los ocasos luminosos—cuando hacia el lado opuesto, por los Campos Eliseos, el sol se hunde tras el arco de la Estrella—tiene una efímera coloración de rosa. Y a esta hora, en Septiembre, el amigo de los pájaros, los *touristas*, los fotógrafos, las nodrizas y los clérigos se han retirado ya. En el tazón del estanque, ensangretado por el sol que agoniza, las hojas muertas flotan. Los altos árboles, alineados y rígidos, inclinanse gravemente unos á otros, comunicándose misteriosas consignas. Y antes de que la claridad dorada del Poniente se apague, y antes de que la luz violeta de los arcos voltaicos ilumine las avenidas del jardín en sombras, alguna vez, una anciana señora lo atraviesa melancólicamente.

Frente á las tullerías hay un hotel de lujo; sus balcones miran al jardín. La vieja dama suele reposar, de tarde en tarde, en el mundano hotel. Apenas habla, apenas come, apenas hace otra cosa que sentarse tras los vitrales del balcón y, durante todo el día contempla las arboledas.

—Allí—dice con un ademán, sin emoción visible, á su dama de compañía—allí, junto á un muro del palacio que el incendio destruyó, habla un rosal.

—Sí, señora.

—Y más allá, hacia la derecha, unos arriates, entre los que solía jugar mi hijo.

—Es posible.

—Este jardín de Le Notre es uno de los más bellos de Francia, ¿verdad?

—¡Oh, sí, sí, señora!

—Apenas queda nadie en él,

pronto se-á de noche. Vamos á pasear un poco,

Lentamente descendiendo al vestíbulo, inadvertida entre los viajeros cosmopolitas. Atraviesa la calle de Rivoli, aguardando un momento en la acera á que el tránsito de los coches y de los automóviles vertiginosos se interrumpa. Vestida de negro encorvada, apoyada en su bastón, dando el brazo á su dama de compañía, cruza el jardín en silencio. Los paseantes rezagados desfilan á su lado sin mirarla...

También yo la he visto una tarde. Me acompañaba un camarada parisién, que se descubrió á su paso, luego se volvió, se detuvo para mirarla.

—¿Por qué contempla usted á esa vieja señora? ¿La conoce usted? le pregunté, por decir algo.

—Sin duda, sin duda—me replicó.

—¿Quién es?

—La Emperatriz Eugenia.

JUAN PUJOL.

EXTRAVAGANCIAS

Desde mañana, publicará *El Eco*, una sección que llevará ese nombre: «Extravagancias». En esta sección se hablará de todo: de arte, de toros, de todo menos de política local y así tendremos en nuestro periódico un rincón donde puedan leer los que se sienten ya cansados, aburridos y hastiados del eterno problema político del día.

Impresiones, pequeñas filosofías; todo tendrá en «Extravagancias» cabida; modesta y ligeramente tratadas, desfilarán por «Extravagancias» variados trabajos de distintos autores.

¿Política local?... ¡Guarda Pablo que es podencol!

Los ferroviarios

Madrid 18-9 m.

La comisión de los ferroviarios catalanes que se encuentra en esta ha aplazado su regreso á Barcelona hasta el viernes próximo.

Las últimas impresiones que hay son de que antes que espire el plazo de ocho días señalado para la declaración de la huelga, se llegará á un arreglo satisfactorio.

EMIGRACION (1)

El hombre que va á verter sus energías en tierras extranjeras, merece el olvido de sus conciudadanos y la anatema de su Patria

Lema: VOLVED

Emigrados, espíritus dormidos á la engañosa luz de una borrada formada con alientos de titanes hijos ingratos de la madre España; no porque esteis de su calor tan lejos dejareis de escuchar su voz que os llama, Donde quiera se encuentra un Numantino, por vo untad de Dios, oye á su Patria. Despertad á su influjo noble y santo con marcada altivez, con la arrogancia del valiente león que simboliza nuestro gallardo pueblo y nuestra raza. Volved en breve á vuestros bellos lares tierra de afán y dulces esperanzas, solar ameno de constante idilio hogar tranquilo de costumbre honrada cuna de sabios, vates y guerreros, de soñadores oriental morada, palacio de las ciencias y las artes, palenque de las letras y las armas. Volved hasta el regazo dulce y blando de la Madre infeliz, volved á España y en señal de perdón con su bandera en vuestros ojos secará la lágrimas. No es honrado alejarse de una madre porque alcanzarnos pueda su desgracia; los hijos son pedazos de otra vida que arrancara el amor á unas entrañas y malditos serán por siempre aquellos que no se sacrifican en las aras del pedestal sagrado, do se asienta esa madre de amor, la Madre Patria.

¡Cuan triste y abatida por vosotras esta hace tiempo tan augusta dama!

En vano en los talleres al trabajo invita á los obreros la campana. La huerta está pidiendo vuestro auxilio para afianzar el cauce de las aguas. Abrazada á los rústicos almendros tiende sus frutos la vetusta parra y están amarillentos los naranjos; y vestidas de negro las barracas. De la región Gallega en las aldeas la triste soledad lo humano espanta, y son pasta la yunta y el cordero de la fiera voraz de la montaña. De Alicante á rica datífera cede al peso excesivo de sus palmas. Del «livo nogal y de la encina ya no se podan las escuetas ramas y están añejas las hermosas flores que á a ciudad del Thader engalanan, y están tendidos, las doradas meses de la preciada alfombra Castellana.

(1) Premio de D. Jerónimo Ruiz Hidalgo, presidente de la Cámara de Comercio en el Certamen Literario celebrado en Murcia

Que soledad tan triste y que silencio más sepulcral á la Nación embarga.

De la simpár alegre Andalucía ya no gimen celosas las guitarras junto á los hierros de entiestadas rejas veladas por el cielo de la Alhambra, ni al arrullo de amantes Percheleras se refleja en su mar, la bella Málaga; ni el gran Guadalquivir lleva en sus ondas los suspirantes besos de Triana; ni anima á las provincias el zorríco, ni á la vega de Murcia las parrandas, ni al sacrosanto altar que baña el Ebro la gota fie que patriotiza el alma, ni turba la plegaria religiosa el son del tamboril y de la gaita en los amenos y frondos valles de Asturias, de León y de Navarra.

¡Cuánto dolor el vuestro, si pudiérais contemplar el aspecto de la Patria, cuando la luz resbala en la colina y la onda noche en el espacio avanza! ¡Causa congoja ver tanta desdicha! ¡Pánico el observar miseria tanta! Niños abandonados al arroyo de álveo profundo y cenagosas aguas, tristes ancianos en el mal sumidos, mugeres harapientas y enlutadas que van unas tras otras á los puertos formando procesiones de fantasmas, con rostros delatores de pobreza, animados á soplos de esperanza. Son las mugeres vuestras, son las hijas frutos de vuestro amor, son las hermanas por sentimie to unidas junto al faro de la Virgen del mar. La luz que abarca el horizonte inmenso de los tristes movidos al impulso de sus ansias!

¡Emigrados; volved; sin dilaciones, América dejad, tornad á España, ¡Fragante flor en el jardín de Europa con ojas de oro y tallo de esmeralda! En ella no se merman libertades ni adquiridos derechos se arrebatan, ni se ponen á precio los deberes ni se convierte la existencia á miarga, por la lucha constante en el vacío que del triste proscripto inunda el alma. ni se padece por el ser querido la ruda enfermedad de la nostalgia, ni el pedernal se riega con la sangre, ni el negro pan con el honor se amasa. Volved, volved en el primer coloso que valiente y audaz venga á buscarla, salvando en horrosas tempestades rudos embates de traidoras aguas, y así que diviséis tras la neblina la agreste cordillera de montañas donde el Sol africano se detiene á saludar la Enseña roja y guarda, de rodillas caed, junto las bordas, elevad al Señor una plegaria y el lenzo tutelar de esta bandera en vuestros ojos secará las lágrimas.

J. CAMPILLO LOZANO.

piezan con un sueldo de 1.800 francos y que saben que al cabo de treinta años de servicios su generalato serán 2.000 francos próximamente.

Hay que hacer reformas urgentes en las comisarías de París, cuyo personal tiene una pesada responsabilidad y está reducidamente pagado los los tiempos en que vivimos.

Cuando entré en una comisaría, lo primero que véis es dos empleados correctamente vestidos (con un sueldo de 1.800 francos es preciso que vayan siempre con trajes presentables); son los inspectores, buena gente, muy estimados en su barrio, que rara vez abandonan y que por lo tanto no tienen grandes esperanzas de que sus sacrificios sean conocidos en otra parte.

Es necesario á toda costa mejorar la suerte de estos honrados servidores.

Hay en París unos ciento ochenta inspectores de comisaría que no tienen como antiguamente las primas de captura, puesto que ahora se les discute que no basta para prender á un ladrón para alcanzar la prima, sino que además es preciso demostrar que la detención estaba preparada.

Los exámenes á que deben sujetarse son más rigurosos de lo necesario para un agente de la Seguridad.

Entre tanto, el siniestro carricoche permanecía en el patio sin que nadie sospechase cuál era su fúnebre contenido.

Cuando llegó la noche, la portera vió, en el momento de cerrar la puerta, que no había ido nadie á recoger el carricoche.

Se informó de los vecinos y ninguno le dió razón de á quien pertenecía.

Entonces, excitada la curiosidad de todos, la portera, seguida de las comadres de la casa, avanzó solamente y levantó la cubierta, en tanto que una joven planchadora alumbraba con una lamparilla.

Todas las miradas se dirigieron al interior, mal alumbrado por la vacilante luz de la lamparilla.

Pero de pronto los rayos de luz hirieron el rostro de la muerta, y al momento, un grito de horror se escapó de todos los pechos:

—¡Una mujer asesinada!

La portera, castañeteando de miedo los dientes bajó bruscamente la cubierta de lienzo, y se fué en busca de los guardias en tanto que un peluquero vecino iba á dar cuenta al comisario de la policía.

La noticia del crimen se propagó por el boulevard, con gran rapidez, y cuando llegaron los au-

El es quien conduce á la Morgue á los «mecabeos» es declaró los que muertos en la vía pública suicidados, víctimas de un accidente, cuya identidad no se he reconocido.

El «perro del comisario» tiene para esto un cochecillo que, aunque pintado de negro, no tiene un aspecto lúgubre del todo y se parece algo á un carricoche de paradero.

A propósito de esto, existe en la prefectura de policía una historia clásica que ha pasado al estado de leyenda.

Un ordenanza que llevaba hacia la Morgue una pobre mujer aplastada por un omnibus se encontró en el camino á unos camaradas que le invitaron á tomar un vaso.

—¡Imposible!—dijo él—no puedo dejar mi coche y la mecabea.

—¡Bah!—insistieron los amigos—no tienes más que entrar en el patio y dejarlo allí sin decir lo que hay dentro.

El ofrecimiento era tentador; el «perro del comisario» aceptó, y bien pronto los vasos se sucedieron sobre el mostrador, tan numerosos que nuestro hombre perdió todo recuerdo, y se fué tambaleándose en compañía de sus camaradas á concluir en otra taberna, donde se le recogió completamente ebrio.